

Juliana Gómez Pardo

y gracias a ellas imaginamos, pues casi todo es hipótesis plausible, a la soriana que animaba tras Dolores.

Isabel Goig Soler nos puso delante de Juliana Gómez con acierto inigualable. Poco se puede añadir a lo dicho por esta celosa escritora de lo soriano. Solo queda ampliar el punto de vista y extender la noticia.

Corría el año de 1875 cuando la familia formada por Antonio Gómez, Pía Pardo y sus hijos, llega a Vizcaya, el padre va como «burrero de mina». Cabe señalar al respecto que la decisión era fuerte, el padre de familia no iba solo, como hacían otros que buscaban mejorar la situación familiar sin causar el desarraigo. Quizás alguien les había allanado el camino o era grande su necesidad. Juliana tiene diez años. En su libro nos cuenta Dolores Ibárruri cómo llegaban los emigrados a su Gallarta natal. Antaño, como lo hizo su abuelo soriano, el mineral se acarrea con mulas, burros o bueyes; después con las vagonetas del tren. Los que venían solos se alojaban en inmundos barracones y quedaban obligados a comprar en las

cantinas de los dueños de la mina. No sería tan miserable el caso de sus abuelos, con toda seguridad conseguirían una casa para la familia, pero también con toda seguridad su vida fue allí muy dura. De su abuelo dice Dolores: «*Mi abuelo materno murió en la mina, aplastado por un bloque de mineral*».

Si nos remontamos a esos años para entender la situación de «la Rinconada», podremos saber que, como recoge Carmelo Romero en su libro «*La Provincia de Soria*» entre la reacción y la revolución 1833-1843, la población vive de la agricultura (exigua en esta zona más bien de pastos) y la ganadería; el comercio y la industria son casi inexistentes. Sí sabemos que hay tradición de arriería, también la hay en torno a Yanguas y Covalada. En «*la Rinconada*» los arrieros malviven combinando la agricultura de subsistencia con el trabajo ocasional que los lleva a transportar con sus burros o mulas fuera de la provincia (algunos llegan a los puertos del Cantábrico y de vuelta traen interesantes mercancías). No sería raro que el abuelo de Dolores fuera arriero y viera en el Norte un horizonte, como otros tantos vecinos suyos lo vieron.

La llegada de emigrantes a las minas de Vizcaya fue masiva. Cuenta Pasionaria cómo los patronos los organizaban en el tajo por cuadrillas de procedencia: los aragoneses, los navarros, los castellanos, los leoneses... y cómo así los segregaban, enfrentaban e impedían su asociacionismo y buen trato. No eran bien vistos, menos aún cuando, andando el tiempo y con las huelgas de mineros, reclutaban los dueños de las minas esquirols castellanos. «*Todo el pueblo conoció rápidamente la llegada de un grupo de forasteros de inconfundible traza campesina, que habían sido alojados en una bolera, como en un redil, hasta el momento de su empleo...*» La lucha contra los esquirols era sin cuartel, los niños y mujeres de los mineros en huelga les tiraban piedras, a veces, los hombres, dinamita. El ejército intentaba contener el conflicto pero los esquirols huían ante tanto riesgo. Pensemos en cómo se tildó de «*maquetos*» a los

En esta tierra nuestra, donde secularmente las gentes sencillas se han amoldado a la vida comunal, austera y se han hecho paisaje, ha brillado poco el rasgo individual, la participación aislada en lo que llamamos Historia. Muchos de nuestros personajes insignes se remontan a la época en que Castilla era preeminente, avanzando el siglo XIX y XX las gentes destacadas casi no salen de la Historia Local.

Todo ello nos habla de nuestra evolución como pueblo y de las condiciones poco favorables para sus habitantes.

Sin embargo, los sorianos han hecho mucho más de lo que se reconoce en la historia común española (y ultramarina); solo que muchos han dado y continúan dando su contribución anónimamente.

En este apartado biográfico queremos aprovechar hoy una figura «anónima» para desvelar el fenómeno que en la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX llevó a un gran número de habitantes de «La Rinconada» a establecerse en lo que entonces eran las provincias Vascongadas, animados por el reclamo de las minas de hierro de Vizcaya. Juliana Gómez Pardo y su familia fueron ejemplo de esta diáspora forzada.

De quién es Juliana Gómez Pardo saben bastante los de Castilruiz (que la vio nacer), de su existencia y fruto de la misma sabemos, en general, poco los sorianos.

El intento nuestro es el de levantar su persona y la de los suyos y colocarla junto al mito de su descendiente, Dolores Ibárruri Gómez, «La Pasionaria»; haciendo, a la vez, arraigo de esta última entre nosotros, apropiándonos de esta española universal lo que llevó de nosotros.

De Dolores Ibárruri se ha señalado siempre en España su fuerza de mujer vasca, su perfil vasco (que resaltara Macho en su magnífica escultura), su acendrado y casi místico catolicismo consonante con el carlismo vasco. En el extranjero, algunos la creyeron asturiana, pues fue diputada por Asturias por el Frente Popular y defendió a los mineros presos. De sus raíces sorianas, de Castilruiz, no se dice nada.

Ella, viajera y trasterrada de Madrid a Moscú y a tantos puntos equidistantes, tampoco señaló su patria materna (dicen que tal vez defendiendo que los pobres no tienen patria). Lo que no dejan los pobres es mucha noticia tras de sí, ni muchas huellas documentales.

Algunas tenemos de Juliana, y de otros paisanos nuestros que en las mismas o cercanas fechas dieron mano de obra barata a la recién industrializada Vizcaya.

Tenemos otras fuentes para rescatar la persona de Juliana: el testimonio escrito y vivido de su hija, que afirma o reniega de su madre en su obra autobiográfica *El único camino*, y que la prolonga, como hacemos todos, en su actitud hacia la vida.

Otras personas nos hablan del entorno familiar de Pasionaria



Casa donde nació Juliana Gómez, madre de Dolores Ibárruri, en Castilruiz.

llegados de fuera (Lo ilustra muy bien en «*El Bucle melancólico: historias de nacionalistas vascos*», Jon Juaristi). Desde muchos ángulos era incómoda la vida de los mineros que venían de fuera.

Juliana también trabajó en la mina. En su generación las mujeres también encontraban trabajo en la mina; en realidad ese era el único trabajo. Después, ya en tiempos de Dolores, el trabajo femenino en la mina quedó prohibido. Lo que parecía un logro (y así se vendía, era la seguridad para las madres que debían cuidar de la prole) a Dolores le parecía una humillación: ser obrera la hubiera situado junto al hombre en la lucha por la justicia social.

«En la mina la mujer era un obrero. Podía protestar contra la explotación al lado de otros obreros, defender su personalidad como trabajadora. En el hogar, la mujer se despersonalizaba; se entregaba, por la fuerza de la necesidad, al sacrificio. Era la primera en el trabajo, en las privaciones, en el apenar con todo género de servicios para hacer más grata, menos dura, menos difícil, la vida de sus hijos, de su marido, hasta anularse por completo, para convertirse andando el tiempo en "la vieja" que no "comprende", que estorba, o que en el mejor de los casos, servía de criada a los jóvenes, de niñera de los nietos. Y así una generación y otra, y otra...»

Estas afirmaciones nos llevan a pensar en una mujer rebelde, que no quiere repetir el modelo de su madre, aunque, como se verá, guarda de ella muchas tradiciones.

Juliana trabajó en la mina hasta su matrimonio. Se casó con un minero: Antonio Ibárruri «el Artillero» (la última obra, novela en este caso, que revisa la vida de La Pasionaria, lleva por título «*La hija del Artillero*», de Fermín Congeta. Cuenta el período vital de Dolores comprendido entre la gran huelga de 1910 y el triunfo franquista. Con esta boda, celebrada cuando Juliana tenía 17 años, la familia castellana tomaba carta de naturaleza vasca, aunque no podemos saber de las raíces de Antonio Ibárruri pues parece ser un expósito nacido en Ibárruri, de donde toma el apellido, pudiera ser también su familia foránea. Él, en cualquier caso, es un vasco que habla poco castellano, se dedica al manejo de explosivos, de ahí el sobrenombre.

Nos queda constancia documental de este casamiento. De la pareja nacieron once hijos de los que sobrevivieron siete: Inocencio, Teresa, Hipólito, Rafaela, Dolores, Alberto y Bernardina. La octava fue bautizada Dolores, aunque el padre la registró con el nombre de Isidora.

«Nací yo un día de diciembre de 1895, haciendo el número ocho de los once hermanos que constituíamos la prole de Antonio El Artillero, como llamaban a mi padre por el oficio que ejercía en la mina.

Todos mis parientes, castellanos y vascos, fueron mineros. Mi abuelo materno murió en la mina, aplastado por un bloque de mineral. Mi madre trabajó en la mina hasta que se casó; mi padre desde los diez y ocho años en que dejó el ejército carlista el terminar la última guerra civil, hasta que murió a los 67 años. Mineros fueron mis hermanos y minero mi marido.

Soy pues, de pura cepa minera. Nieta, hija, mujer y hermana de mineros. Y nada de la vida de las gentes de la mina es para mí extraño. Ni sus dolores, ni sus afanes, ni su lenguaje, ni su rudeza.»

Fuerte debió ser Juliana. Su hija lo dice. Era una mujer de talla y de mucho genio (referencias a la familia las encontramos en la obra de uno de los biógrafos de Dolores Ibárruri; Rafael Cruz, Pasionaria, Dolores Ibárruri, Historia y Símbolo). Curioso que su hija también lo fuera, su físico era imponente y su carácter y arrestos conocidos. Madre e hija no

debieron ser muy diferentes y por ello rivalizaron y se entendieron mal en muchos momentos.

El matrimonio Ibárruri-Gómez demuestra una arraigada religiosidad (que en ese momento y lugar andaba mezclada con costumbres y supersticiones a veces alentadas por la iglesia). El padre, lo hemos dicho, es carlista. Juliana trae de sus padres sorianos la fe y la resignación cristiana. Los hijos de Juliana se educan en ese hogar cristiano, no es así en todos los hogares, en algunos la desesperanza los ha alejado de Dios. En una entrevista concedida al programa radiofónico «*El loco de la colina*», Dolores, regresada del exilio, rememora su acendrada fe infantil y sus primeras experiencias de lucha obrera, muy anteriores a conocer a su marido.

Dolores fue una niña profundamente religiosa, ella nos cuenta su amor a la Virgen Dolorosa. «*En aquel altar se concentraba mi fe. La madre dolorosa y el hijo muerto me emocionaban hasta el llanto*». Su fe sufrió un día una «gran conmoción», al descubrir la falacia de la imagen y el ritual vacío de la gente. Después abrazará el pensamiento socialista como necesidad de lucha y de liberación. No es cierta la frase 2cambio la fe en Dios por la fe en el socialismo², no buscó en él la fe sino que vio «*El único camino*» por la causa de la humanidad.

La religiosidad de Juliana es incuestionable y la preocupación por la salvación de su hija. Juliana, no obstante, no tiene los recursos de oratoria que su hija desarrollará y no siempre puede dar respuesta a la rebeldía de la niña:

“A veces, mis hermanos pequeños y yo entablábamos con la madre en el hogar diálogos edificantes. Uno de nosotros preguntaba a la madre:

- ¿Es verdad que todos somos hijos de Dios?

- Verdad

- ¿Todos somos hermanos?

- ¡Todos!

-Entonces, si somos hermanos de fulano y mengano –y nombrábamos a los más ricos del pueblo-, ¿por qué padre tiene que ir todos los días a trabajar, aunque llueva, y los señoritos no trabajan y viven mejor que nosotros?

Aquí la ciencia teológica de la madre fallaba; y no sabiendo qué responder, nos decía llena de enojo.

- ¡A callar! Los chiquillos no deben preguntar esas cosas.

¡Pobre madre! ¿Cómo nos iba a explicar lo que para ella misma era un doloroso enigma, que cada día se abría ante ella con el «por qué» incontestado y, todavía entonces, ni siquiera intuido?»

No le era fácil a Juliana domeñar el carácter de su hija, se le sublevaba en muchos momentos. Llegó a pensar Juliana que Dolores estaba endemoniada, este episodio no quiere detallarlo la hija por no dar motivo a bromas fáciles de sus rivales políticos: «*Y para no dar pábulo a las malas lenguas, ni escándalo a las almas piadosas, no contaré cómo me llevé mi madre cuando yo tenía diez años a una iglesia de Deusto donde se veneraba a San Felicísimo, a que me desembrujasen*».

Aunque no nombre a su madre, no es imposible que quisiera intervenir Juliana de nuevo a favor de la salvación de su hija cuando esta está casada y es ya madre. Recibe Dolores, que está sola con su hija pues el marido está en la cárcel, la visita de doña Sebastiana, una vecina de Gallarta, bien situada y muy devota, que le ofrece una ayuda para salir de su situación. La condición es que regrese a la iglesia y abandone el camino del socialismo. Dolores rehúsa, otras necesitan más esa ayuda



Dolores Ibárruri «La Pasionaria», durante uno de sus mítines.

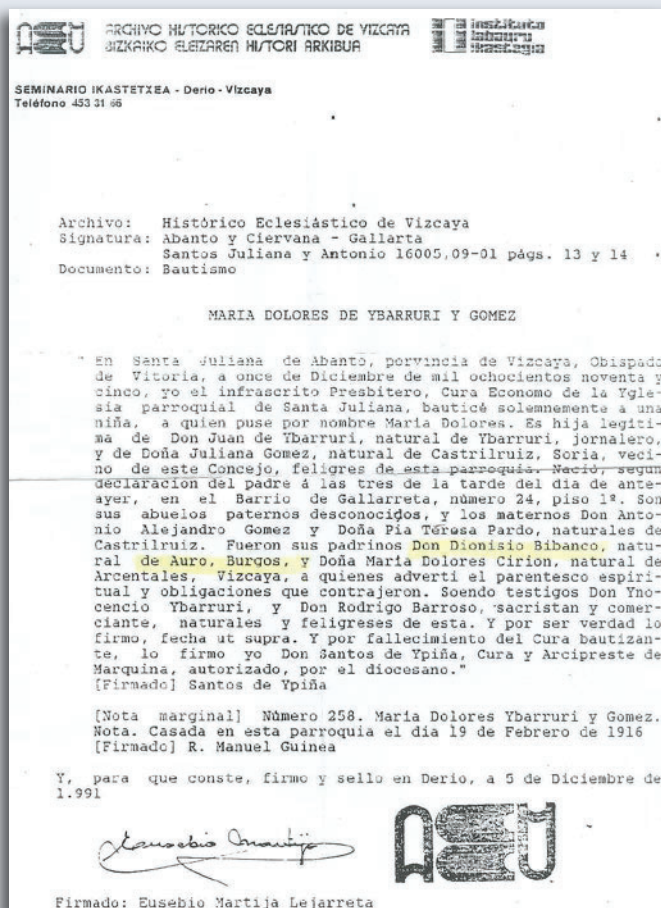
y ella ha elegido su camino. La ayuda es solo para ella, es una encomienda que quizás vaya con ruegos de Juliana. Madre e hija se han distanciado.

Juliana y Antonio viven en Gallarta (hoy, en el Gallarta nuevo, podemos visitar el museo minero que nos acerca a las circunstancias de los años que estamos recordando). Su casa está en la calle Peñucas, en la barriada donde estaba enclavado el Centro Obrero. Además de la casa, tenían un huerto y criaban animales. No eran, pues, de los que pasaban más calamidades. Comparemos la vida de casada de Dolores con la de su madre: Dolores y su marido se construyen ellos mismos en Somorrostro una casa en la que falta el agua y la luz. El marido está casi siempre preso y Dolores cuenta que en una ocasión pudo cultivar unas patatas que la salvaron del hambre (amén de la solidaridad del resto de mineros y sus mujeres). Nos imaginamos a Juliana trajinando en el huerto y cuidando de los animales como lo hacían sus parientes de Castilruiz, tarea fundamental en el sustento de la familia. Antonio tampoco tiene mal sueldo, es un minero «especializado».

Juliana no tiene conciencia de clase, acepta su situación como acepta todo en la vida, con estoicismo. Tiene, eso sí, conciencia de quien es y de su dignidad. Quiere un futuro para Dolores pero el que la muchacha ansía no le parece apropiado a su condición de hija de minero. Dolores ha estudiado más de lo que cualquiera de sus iguales, debido a lo débil de su salud, hasta los quince años y se examina para entrar a estudiar en la Normal, como maestra. Podría haberlo hecho, no es por falta de medios sino por negativa de Juliana. No está bien, no le corresponde. Dos años la envía a aprender de modista. Juliana no desampara a Dolores pero no comparte sus aspiraciones, la frustración será tremenda.

Este empeño en que la hija sepa coser demuestra una madre realista y práctica. En Vizcaya no hay más trabajo para un obrero que la mina y para una mujer es fundamental poder atender todas las necesidades de su casa con el menor gasto. Dolores Ibárruri siempre se confeccionó sus propios vestidos, invariablemente negros, simples e impecables, adornados por un pañuelo de seda al cuello y unos pendientes también negros. La costumbre del luto también la heredó de Juliana. La sencillez y la sobriedad seguro que era compartida. La imagen de Pasionaria era la de una mujer del pueblo. «El primero con el que se encontró Dolores fue el de su abuela, Pía Pardo, por la que cumplió el primer luto. (...) Se puso su primer vestido de color negro que ya no abandonaría a lo largo de toda su vida (...) Más tarde fue su abuelo, muerto tras ser aplastado por un bloque de mineral en el pozo San Miguel. Luego Bonifacio, el hijo de la tía Sabina, fallecido a causa de la explosión de un barreno. Después, su padre, que terminó sus días en los años 20 al no recuperarse del impacto de una vagoneta transportadora de mineral sobre su cuerpo. Posteriormente se encadenarán los lutos por tres de sus hijas, por Rubén...» (Rafael Cruz)

Cuando Dolores se casa con Julián Ruiz es contra el criterio de su madre. Dolores ha estado trabajando de sirvienta en casa de unos comerciantes y allí ha conocido al minero que será su marido. Es socialista y eso no gusta a Juliana ni a Antonio. Pero (según recoge



Certificado de bautismo de Dolores Ibárruri.

Manuel Vázquez Montalbán, en «Pasionaria y los siete enanitos») Dolores, en una entrevista que concede a Jaime Camino en 1977, tiene un recuerdo indulgente para su padre. Dice que él no se opuso a su militancia comunista y cuando estaba gravemente enfermo le dijo que lamentaba el alejamiento que la familia le había infligido «...me pasaba la mano por la cabeza y me decía: "¡Pobrecita! Pobrecita, la mejor y a la que peor hemos tratado».

Otra vez la madre no desampara a la hija y mira por ella y por su futuro. Nos cuenta (en un programa de Informe Semanal) Amaya, la única hija de Pasionaria que vive (fueron seis sus hijos, a la infancia sobreviven dos: Rubén y Amaya. Rubén murió en la batalla de Stalingrado contra los alemanes) que su abuela Juliana le regaló a su madre, como regalo de boda, una máquina de coser Singer. Con ella cosía por la noche pantalones de drill que ya recibía cortados, con ello daba a sus hijos

de comer pues su marido seguía encarcelado. «Quise vender la máquina de coser porque la detención de mi marido se prolongaba, pero no me dejó mi madre, que se hizo un poco menos dura para conmigo»

Era dura Juliana, de hecho las relaciones con su hija socialista no eran fluidas. «Yo no sabía qué hacer, ni a quién dirigirme. De mi familia nada podía esperar». Su hermana mayor sí es su auxilio, se entendían bien (cuando Dolores se separa de Julián y marcha a Madrid, deja a su hija con Teresa y lleva consigo a Rubén). Dolores dice que ella actuaba como madre con los hermanos pequeños. Juliana en esto era como la mayoría de madres de la época; cargada de hijos y de trabajos. Los hijos asumían tareas a las que la madre no alcanzaba. Ellos, lo cuenta Dolores, llevaban al tajo la comida para el padre y los hermanos (a la mina Justa). La madre, no obstante, canta canciones de cuna (que luego Dolores cambia por canciones reivindicativas), aconseja y alecciona. También reprende a su hija y se asusta o avergüenza de la mujer Dolores, le asusta la fuerza de su atrevimiento, su arrojo, los riesgos que corre; quizás, como tantos otros, la acuse de mala madre, que expone a sus hijos en su lucha y que renuncia al papel tradicional de madre por la causa obrera.

En cuanto a la muerte de Juliana «es probable que se produjera al poco se su primera detención (de Dolores), porque en 1932 ella la achacó a la violenta actuación de la policía en el registro de su casa, una acusación que no mencionó luego en sus memorias» (Juan Avilés, La mujer y el mito, Pasionaria).

Juliana salió de Castilruiz a los diez años, no sabemos que visitara de nuevo su pueblo, tampoco Dolores Ibárruri buscó en él sus raíces. (En el año 2002, Amaya Ruiz Ibárruri, hija de la Pasionaria, acudió al pueblo de sus antepasados y llegó a ver la casa familiar, según cuenta Manuel Peña García en Cuadernos Agredanos, nº 17, Castilruiz: Historia y Arte). A buen seguro fueron semejantes madre e hija en la sencillez y autenticidad, en la fidelidad a ellas mismas. Nos cuentan de una prima de Dolores, también emigrada su familia de Castilruiz y exiliada ella en Francia, con ella mantuvo correspondencia, también ella era una mujer alta, de porte. La hija del artillero también fue hija de una castellana, quizás su perfil no sea tan vasco.